

AFRICA COMO PROYECCION DE EUROPA

Africa es hoy un enredijo de problemas. Y no tanto porque todos los que allí surgen estén relacionados entre sí cuanto porque todos nacen de una misma raíz: el ansia de desquite, el resentimiento de los africanos por haber estado bajo dominación extraña. De ese sentimiento latente en todos los pueblos africanos se vale Rusia para excitar los actos de revancha contra los Estados colonizadores, es decir, contra Europa. Y en este sentimiento anti-europeo hallan los pueblos africanos una como complicidad o benévola comprensión en América, la cual todavía no parece haber superado plenamente, ni siquiera en los Estados Unidos, un último resto de conciencia emancipacionista con relación al Viejo Continente, emperador por antonomasia.

Es una realidad lamentable la actual tensión entre Africa y Europa. Y casi más lamentable todavía es el hecho de que América, con todo el enorme poder que ha alcanzado, no actúe de moderador en la disputa, a fin de que al emanciparse y adquirir personalidad, los pueblos africanos vayan formando una bien armonizada estructura de Estados que se correspondan en amistosa relación con las metrópolis que les dieron, a vuelta de todas las explotaciones que se quiera, la posibilidad de situarse en el nivel de la historia viva, sacándolos a veces de la Edad de piedra. Porque por mucha mala retórica que se gaste en propagar demagógicas leyendas negras de coloniaje, no todo ha sido condenable en la labor realizada en Africa por Europa a lo largo de siglo o siglo y medio. Y prueba de ello es la misma posibilidad de que los pueblos africanos estén pasando de objetos a sujetos de historia. ¿Qué sería de los pueblos africanos hoy sin la tan difamada «colonización» europea?

El binomio Europa-Africa es una exigencia de la geopolítica y de la economía, además de serlo de la Historia. Y si Europa fuera expulsada totalmente de Africa y se rompiesen los vínculos entre ambos continentes, no iba Africa a ganar un adarme más de libertad, y posiblemente perdería mu-

chas de las posibilidades de desarrollo pacífico que le ha abierto la técnica europea. Analizadas las cosas en su fondo, probablemente necesita más África de Europa que Europa de África. Y por ello laboran en contra de los verdaderos intereses africanos quienes enfrentan a ambos continentes y tratan de borrar toda huella europea en África, acaso con el secreto y desleal designio de la subrogación.

Las últimas semanas han sido pródigas en acontecimientos que revelan el apogeo del sentimiento antieuropeo en los dirigentes políticos africanos y la presión creciente sobre ellos de la diplomacia rusa, contra la que tratan de oponerse los Estados Unidos, por la ingenua e ignara táctica de conceder y prometer más libertad y más ayuda que nadie. He aquí por vía de ejemplo algunos fenómenos de alcance político surgidos o agravados en África a favor de las campañas anticolonialistas y antieuropeas que Rusia promueve y atiza y Norteamérica consiente y aguanta: disturbios en Angola, condena de Suráfrica por su discriminación racial, acuerdo de los dirigentes congoleños para pedir la evacuación de las tropas «onuanas», asesinatos de políticos mauritanos antimarroquíes, asalto y secuestro de trabajadores y técnicos en nuestra provincia del Sahara, negociación entre De Gaulle y Burguiba para ir ya a la autodeterminación de Argelia, fracaso de la Conferencia de Londres sobre las Rhodesias y Tanganica, etc. En este plano fenomenológico del anticolonialismo hemos de situar el debate promovido por Liberia contra Portugal en el Consejo de Seguridad, debate que tuvo la aparente sorpresa de unir en el mismo voto condenatorio a los delegados de Rusia y Estados Unidos. Sorpresa aparente, insistimos, pues cualquier seguidor de la política internacional sabía que la tesis del nuevo Presidente de los Estados Unidos, ya desde 1958, ha sido siempre la misma: África para los africanos. Y esa tesis la repitió, pocas semanas hace, el subsecretario de Estado para África, Williams, durante su recorrido por las nuevas naciones negras. Monroísmo tan tajante ya acusa el peso o las heces de una cierta incompreensión norteamericana hacia Europa, a la que se considera como «colonialista» más que como «colonizadora». Contra tal monroísmo míope, resentido y decimonónico han reaccionado, como era de esperar, Inglaterra, Francia, Portugal y Bélgica. Pero el monroísmo significa quizá la gran razón determinante de la política exterior norteamericana. No lo olvidemos.

Sólo así comprenderemos desde esta banda del Atlántico la situación internacional que de consuno y sin previo acuerdo—antes enfrentadas radicalmente—, han creado en África las políticas de Rusia y Estados Unidos. Y ello nos impulsará a los europeos a modificar la dispersa iniciativa con que

cada uno de nuestros países actúa sin consultar al vecino. Francia ha resuelto o intenta resolver sola y por su cuenta los problemas suyos en Africa. La misma conducta han seguido Bélgica e Inglaterra. No se hace una política *européa* sobre Africa, sino una política francesa, inglesa, belga, alemana, italiana etc. No una política *continental* sino una política nacional. Pero Africa es el *bien común de Europa*, que tiene allí un depósito de materias primas y un mercado de productos industriales. Sin Africa, apenas le queda a Europa otro destino que el de hacer de cabeza de puente de los Estados Unidos o servirle de rampa de despegue a Rusia. Otras serían las actitudes de los árabes, por ejemplo, si se las tuvieran que haber con Europa como bloque y no con cada una de las naciones europeas. Y muy distinta sería la política de «hijo rebelde» que ahora ejercitan con relación a sus viejas metrópolis los nuevos Estados negros. Claro que el primer supuesto de una política *européa*, esto es, *continental*, hacia Africa exigiría de cada una de las antiguas potencias coloniales una *mutación de conciencia* para acertar a ver en las naciones ya independientes de Africa otros tantos miembros de igual derecho en la superior comunidad euroafricana.

Naturalmente, esta *mutación de conciencia* llevaría consigo la necesidad de insertarse en una gran superestructura de reciprocidad de prestaciones y ayudas, a fin de que Euráfrica—*como continente del mañana*—surgiera con todo su poder. Lo cual obligaría a las potencias europeas a llevar a cabo un programa común, de participaciones equitativamente proporcionales, para fomentar el pleno progreso de Africa. Y a su vez, Africa, con su integración a Europa, ganaría señorío de sí misma, en la medida que se fuera viendo nivelada y equiparada en trato y en posibilidades.

Si a esta *continentalización* política, económica y técnica, no se llegare, Europa irá viéndose, nación por nación, expulsada de Africa, mientras otros imperialismos más sinuosos y quizá más efectivos la sustituyen allí. Todos los conflictos actuales de Africa son insolubles para cada metrópoli, pero no lo serán para Europa como unidad de poder, de acción y de diplomacia. Y hemos de pensar que, a su vez, los pueblos africanos no sentirían, al ser incorporados a una superior síntesis euroafricana, el complejo de «humillados y ofendidos» que sienten al verse imperados por esta o la otra metrópoli europea.

Mucho tiempo se ha perdido, pero quedan aún amplias vías de acceso para el diálogo y para la colaboración. Esta fiebre de rebeldía y anti-europeísmo habrá de ir pasando, conforme las exigencias de una realidad perentoria le planteen a cada Gobierno africano la tarea de resolver sus

problemas diarios. Y entonces será la hora de que la capacidad técnica y el superior conocimiento de las cuestiones africanas que los pueblos europeos poseen sobre aquel continente hallen su oportunidad de acción. Pero antes han de llegar los pueblos europeos a un acuerdo entre ellos sobre la misión que les corresponde desarrollar en Africa. Y cada uno ha de contribuir a la formación gratuita en sus Universidades y Centros de Enseñanza técnica de las nuevas promociones de dirigentes africanos. Si formamos «a la europea» a los políticos y a los maestros de Africa, lograremos que la continentalización de Euráfrica vaya fraguando por sus pasos. Pero si es Rusia la que en sus Universidades lleva a cabo tal empresa, Europa perderá definitivamente la batalla.

I
ESTUDIOS

